

llorar como un niño y ponerlo todo en manos de Dios. ¿Qué ocurrirá, te pregunto, si mañana te ves conducida al hospital? Catalina, loca casi y tísica, morirá pronto. ¿Qué será de sus hijos? ¿No es segura la desdicha de Poletchka?

—¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer?—agregó, llorando, Sonia, y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Es preciso cortar el cable de un solo tajo, y seguir adelante, ocurra lo que ocurra. ¿No comprendes? Más adelante lo comprenderás. La libertad y el poder, ¡el poder sobre todo! ¡Reinar sobre todas las criaturas, sobre todo el hormiguero! ¡He aquí el fin! ¡Acuérdate de esto! Es mi testamento. Quizá te hablé ahora por última vez. Si mañana no vengo, ya lo sabrás todo; acuérdate entonces de mis palabras. Más tarde, de aquí á algunos años, con la experiencia de la vida, quizá comprendas lo que significan. Si vengo mañana, mañana te diré quién mató á Isabel. ¡Adiós!

Sonia se estremeció y le contempló con extravío.

—Pero. ¿acaso sabéis quién la ha matado?—preguntó, helada de terror.

—Lo sé. ya te lo diré. á ti, á ti sola. Te he preferido. No vendré á pedirte perdón, sino sencillamente á decírtelo. Hace mucho tiempo que te elegí. Desde el momento en que tu padre me habló de ti, en vida de Isabel, se me ocurrió la idea. ¡Adiós! ¡No me des la mano! ¡Hasta mañana!

Salió, dejando á Sonia la impresión que produce el ver á un loco; pero ella también estaba como loca, lo conocía. Su cabeza le daba vueltas.

—¡Señor! ¿Cómo es que sabe quién mató á Isabel? ¿Qué querrán decir esas palabras? ¡Es extraño!

No tuvo, sin embargo, la sospecha más mínima de la verdad.

—¡Oh, debe ser terriblemente desgraciado! Abandona á su madre y á su hermana. ¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Y cuáles son sus propósitos? ¿Qué fué lo que me dijo? Me besó el pie y me dijo. . . . me dijo. (sí, éstas fueron sus palabras) que no podía vivir sin mí. ¡Oh Señor!

En la habitación que ocupaba Sonia había una puerta condenada, y tras de la puerta una habitación que Sonia creía estaba por alquilar. Pero en aquel aposento habitaba el señor Svidrigaylof, quien desde el principio al fin había escuchado la conversación de los dos jóvenes, la cual parecía interesarle en alto grado. Se prometió ser testigo invisible de la próxima entrevista.

V

Cuando, á las once del día siguiente, Rascolnikof se presentó ante el juez de instrucción, mucho le admiró tener que esperar largo rato.

Paseó en derredor una mirada llena de desconfianza. ¿No había allí alguien encargado de vigilarle, por si llegaba el caso de impedir su huida? Nada vió que le hiciera sospechar: los escribientes seguían trabajando;

las personas de fuera de la casa entraban, salían ó estaban sentadas, sin fijarse para nada en nuestro joven.

Este comenzó á tranquilizarse.

—Sí, en efecto—pensó,—aquel misterioso personaje de ayer, aquel espectro surgido de la tierra, lo hubiese visto todo, ¿se me dejaría tan tranquilo como estoy? De consiguiente, ó aquel hombre nada dijo todavía, ó bien no vió nada ni sabe nada (¿cómo iba á verlo, por otra parte?), y yo fuí víctima de una ilusión de mi fantasía enferma.

Cada vez encontraba más verosímil esta explicación, que la víspera se ofrecía á su mente cuando más inquieto estaba.

Reflexionando de este modo y preparándose para una nueva lucha, Rascolnikof notó de pronto que temblaba, y hasta se indignó al pensar que era de miedo ante la idea de tener una entrevista con Porfirio Petrovitch. Lo más terrible para él, era volver á verse en presencia de aquel hombre; le odiaba lo increíble, y temía que su odio le hiciera traición.

Su indignación fué tan grande, que de pronto cesó su temblor. Se dispuso á entrar con aire frío y seguro, prometiéndose hablar lo menos posible, mantenerse siempre alerta, y dominar á toda costa su natural irascible.

Porfirio Petrovitch hallábase solo en su gabinete. Cuando reparó en Rascolnikof, se levantó de la mesa y fué á cerrar la puerta de entrada, parándose luego ante el joven.

Le acogió de la manera al parecer más jovial y afable; hasta pasados unos minutos, Rascolnikof no pudo

notar la turbación del magistrado, que pareció sorprendido en un manejo clandestino.

—¡Ah, muy respetable señor!.... ¡Os tenemos.... en nuestros parajes!.....—prorrumpió Porfirio, ofreciéndole ambas manos.—Sentaos, “batuchka.” Pero..... quizá no os guste que se os llame, respetable tan “secamente”..... “batuchka.” No toméis esto, os lo suplico, por una familiaridad..... Aquí, sentaos aquí, en el diván.

—¿Cómo interpretar la frase “en nuestros parajes” y la palabra “secamente?” ¿Qué querían decir estas excusas por su familiaridad? Me ha ofrecido ambas manos, sin darme ninguna; las retiró en seguida—pensó Rascolnikof, desconfiando ya.

Se observaban el uno al otro; pero en cuanto sus miradas se encontraban, las volvían á otro lado rápidamente.

—He venido á traeros este documento..... relativo al asunto del reloj. Aquí le tenéis..... ¿Basta ése, ó es preciso hacer otro?

—¿Cómo? ¿Qué papel? Sí, sí..... No os molesteis..... está bien.....—respondió, con cierta precipitación, el magistrado, que pronunció aquellas palabras antes de haber visto el papel.

Luego, cuando por él hubo pasado una ojeada rápida,

—Sí, está bien; es lo que se necesita—continuó, siempre hablando de prisa, y depositando el papel sobre la mesa.

Un minuto después lo encerraba en un cajón; empezaba á hablar de otra cosa.

—Me parece—dijo Rascolnikof—que ayer significasteis deseos de interrogarme..... por pura fórmula..... respecto á mis relaciones con la..... asesinada.

—¿Por qué he dicho “me parece?”—pensó de pronto el joven.—¡Bah! ¿Qué importa esa palabra? ¿Por qué he de inquietarme?—agregó mentalmente, y casi á renglón seguido.

Por el solo hecho de hallarse ante Porfirio, con quien apenas había cambiado un par de palabras, su desconfianza había tomado insensatas proporciones.

Lo notó súbitamente, comprendiendo que aquella disposición de espíritu era en extremo peligrosa; su agitación y lo irritado de sus nervios aumentaban.

—¡Malo, malo!.... ¡Soltaré alguna necedad.

—Sí, sí; no os apresuréis; tenemos tiempo, tenemos tiempo.....—murmuró Porfirio Petrovitch, que, sin aparente objeto, iba y venía por la estancia, evitando la mirada de Rascolnikof, parándose muchas veces frente á éste para mirarle con fijeza.

Era un espectáculo extraordinariamente chocante el que ofrecía en tal momento aquel hombrecillo rechoncho, cuyas evoluciones recordaban las de la pelota rebotando de una á otra pared.

—No hay prisa, no hay prisa..... Pero ¿fumáis? ¿Tenéis tabaco? Tomad un cigarrillo—dijo, ofreciendo uno al visitante.—Yo recibo aquí, pero mis habitaciones están allá, tras de ese tabique..... Paga el Estado..... A propósito: ¿qué gran cosa es vivir en una casa pagada por el Estado! ¿No os parece?

—Sí, es una gran cosa—respondió Rascolnikof, mirándole con burla.

—Una gran cosa.....—repitió Porfirio Petrovitch, que parecía preocupado por otra causa.—¡Sí, una gran cosa!—volvió á repetir bruscamente y con voz casi tonante, deteniéndose á dos pasos del joven, á quien miró con fijeza.

La incesante y terca repetición de aquella frase, contrastaba, por su insulsez, con la mirada seria, profunda, enigmática que entonces dirigía á su visitante.

La cólera de Rascolnikof aumentó, y no pudo eximirse de dirigir al juez de instrucción un desaffo burlesco y demasiado imprudente.

—Como sabéis—empezó, mirándole de modo casi insolente, y satisfecho de su propio atrevimiento,—es, á lo que parece, una regla de procedimiento jurídico el comenzar hablando de cosas tontas, á fin de infundir ánimos al interrogado, mejor dicho, á fin de distraerle, para adormecer su prudencia, y bruscamente, de improviso, asestarle en plena coronilla la pregunta más peligrosa. ¿Verdad que es costumbre obrar así en vuestra profesión?

—Según eso, pensáis que al hablaros de la habitación pagada por el Estado.....

Y el juez se echó á reír con risa nerviosa, prolongada, que conmovió toda su persona.

Rascolnikof le imitó, forzándose un poco. La hilaridad de Porfirio fué en aumento; su rostro se tornó casi carmesí; nuestro joven sintió una impresión de disgusto que le impelió á olvidar toda su prudencia. Dejando de reír, frunció las cejas, y mientras Porfirio

Petrovitch se abandonaba á aquella alegría, que parecía algo fingida, le asestaba miradas de odio. Porfirio, entregado á su risa, parecía cuidarse poco del descontento de Rascolnikof. Esta última circunstancia dió qué pensar al joven; creyó comprender que su llegada no había impresionado al juez de instrucción; él, por el contrario, era el caído en la trampa; sospechaba que allí había un lazo que no acertaba á descubrir.

Yendo derecho al asunto, se levantó y tomó su gorra.

—Porfirio Petrovitch—exclamó en tono resuelto, pero en el que se traslucía una viva indignación,—ayer significasteis el deseo de interrogarme. (Subrayó particularmente la palabra “interrogarme.”) He venido á ponerme á vuestras órdenes. Si tenéis algo que preguntarme, hacedlo, ó permitid que me retire, en caso contrario. No puedo perder tiempo; tengo que hacer..... He de ir al entierro de aquel que murió aplastado por un coche, y del cual..... habréis oído hablar.....—agregó; arrepintiéndose al punto de haber pronunciado las últimas palabras.

Después repitió lo dicho, con cólera creciente.

—¡Señor!..... Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Sobre qué os tengo que interrogar?—dijo el juez de instrucción, que al momento guardó silencio.—No os inquietéis, os lo ruego. Vinisteis aquí como visitante.... En cuanto á esta risa maldita, “batuchka,” dispensadme, Rodion Romanovitch. Soy nervioso; me hizo mucha gracia vuestra observación; hay ocasiones en que, en efecto, me pongo á saltar como una pelota de goma..... Soy risueño. Mi temperamento me hace te-

mer la apoplejía..... Pero ¿por qué no os sentáis? Os lo ruego, “batuchka”..... De lo contrario, creeré que estáis enfadado.

Con las cejas fruncidas, Rascolnikof guardaba silencio y observaba. Sentóse, sin embargo.

—En lo que me concierne, Rodion Romanovitch, os diré una cosa que servirá para explicaros mi carácter—agregó Porfirio Petrovitch, sin interrumpir sus paseos, evitando, como siempre, las miradas de Rascolnikof.—Vivo solo en el mundo, como sabéis; no trato á nadie; soy un hombre agotado, y..... ¿habéis notado, Rodion Romanovitch, que en Rusia, y sobre todo en nuestros círculos petersburgueses, cuando se encuentran dos hombres inteligentes que aún no se conocen bien, pero que se aprecian recíprocamente, como vos y yo, por ejemplo, en este instante, no encuentran qué decirse por espacio de una hora, y se quedan petrificados el uno ante el otro? ¿A qué obedece esto, “batuchka”? ¿Por qué hemos de ser tan tímidos y taciturnos? ¿Obedece esto á que somos personas honradas y procuramos no engañarnos mutuamente? ¡No lo sé! ¿Cuál es vuestra opinión? Pero dejad la gorra. Se diría que deseáis marcharos, y esto me disgusta..... Me place tanto vuestra compañía.....

Rascolnikof dejó su gorra, pero no rompía su mutismo, y con las cejas fruncidas, seguía escuchando al juez.

—Indudablemente, dice tantas necesidades para distraerme.

—No os ofrezco café, porque éste no es sitio apro-

piado para ello; pero ¿queréis pasar cinco minutos con un amigo y le procuraréis distracción?—prosiguió el inagotable Porfirio.—Dispensad, “batuchka,” que me pasee. ¡Me es tan necesario el movimiento!..... En cuanto á los deberes de mi cargo, á esos interrogatorios y á toda formalidad..... vos mismo hablasteis de ello no hace mucho..... Sabéis, “batuchka,” Rodion Romanovitch, que dichos interrogatorios rinden al magistrado antes que al reo en muchas ocasiones..... Lo hicisteis notar no ha mucho, con tanto acierto como justicia. (Rascólnikof no había hecho tal observación.) ¡Se embrolla uno, verdad, pierde la ilación! En lo que atañe á nuestros asuntos jurídicos, de acuerdo estoy con vos. Pero vos..... ¿pensasteis que al hablaros de lo que el Estado nos paga?..... ¡Ja, ja! Sois un hombre cáustico. Hablasteis también de la forma en lo concerniente al magistrado instructor.... ¿Qué es la forma? Sabéis que hay muchos casos en que nada significa. En ocasiones, una sencilla conversación, una conversación amistosa, conduce al más seguro resultado. Nunca desaparecerá la forma; permitid que os tranquilice á este respecto. Pero ¿qué es, en el fondo, lo que se llama forma? No se puede obligar al juez instructor á que sin cesar se sujete á ella. Su tarea es, en este punto, un arte liberal, ó cosa así..... ¡Ja, ja!

Calló un instante para respirar. Hablaba sin interrupción, tan pronto pronunciando verdaderas simplezas como deslizándose frases enigmáticas. Y todo sin dejar de pasearse. Rascólnikof creyó notar que, dando vueltas en torno del aposento, se había detenido dos

veces junto á la puerta, como para escuchar un instante.....

—¿Esperará algo?

—Tenéis razón—prosiguió alegremente Porfirio, mirando al joven con una benevolencia que le inspiró recelo.—Nuestras prácticas jurídicas merecen, en efecto, vuestras ingeniosas chanzas. ¡Ja, ja! Estos procedimientos, pretenciosamente inspirados en una profunda psicología, son altamente ridículos, y hasta estériles.....

—Volviendo á la forma, supongamos que estoy encargado de la instrucción de un proceso. Sé, ó creo saber, que el culpable es un señor, un caballero..... ¿No os disponéis á seguir la carrera de Derecho, Rodion Romanovitch?

—Sí, la estudiaba.....

—Pues oíd un ejemplo que os servirá en adelante. Supongo que he descubierto al culpable. ¿Por qué he de molestarle prematuramente, aun cuando tenga pruebas contra él? Sin duda que á otro que no fuese de su condición, le habría hecho detener; pero ¿por qué no dejar que éste se pasee? ¡Ja, ja! Veo que no me habéis comprendido. Me explicaré más claramente.

Si, por ejemplo, me apresuro á dictar un auto de prisión contra él, le doy, por decirlo así, un punto de apoyo moral. ¿Os reís? (Rascólnikof estaba muy lejos de reír; tenía los labios apretados, y su ardiente mirada no se apartaba de Porfirio Petrovitch). Sin embargo, la cosa es así, porque las personas son distintas, aunque, por desgracia, el procedimiento sea igual para

todas. “Pero desde el momento en que tenéis pruebas.....” me diríais. Ya sabéis lo que son las pruebas, “batuchka:” en las tres cuartas partes de los asuntos, las pruebas tienen dos fines, y yo, juez de instrucción, soy hombre y puedo equivocarme.

Quisiera dar á mis diligencias el absoluto rigor de una demostración matemática; quisiera que mis conclusiones fuesen tan claras, tan indiscutibles, tan exactas como “dos y dos son cuatro.” Luego si hago detener á un caballero antes de tiempo, me privo de los medios ulteriores de fundar y comprobar su culpabilidad, aun cuando me halle seguro de ella. ¿Por qué es esto? Porque le doy, en cierto modo, una situación definida; si le detengo, le tranquilizo, le hago volver de nuevo, á su normalidad psicológica; en lo sucesivo se me escapará, se replegará sobre sí mismo; comprende, en fin, qué es un detenido.

Si, por el contrario, le dejo tranquilo, pero obsesionado por el pensamiento de que lo sé todo, de que no le pierdo de vista, ¿qué será de él en tales circunstancias? Se verá presa del vértigo; vendrá á mi casa, me dará infinidad de armas contra sí mismo, me pondrá en condiciones de dar á mi información un carácter evidentemente matemático, lo cual no carece de importancia.

No temo que se me escape. Aparte de otros motivos de menor cuantía, que son lo accesorio, la parte exterior de la cuestión, el presunto culpable no huirá, no sólo porque no sabe dónde ir, sino:..... además, y sobre todo, porque me pertenece, es mío “psicológicamente.” ¡Ja, ja! ¿Qué os parece esta frase? En virtud

de una ley natural, no se marchará, aun cuando pueda hacerlo. ¿Visteis la mariposa ante la luz? Pues, imitándola, él se agitará en torno mío. La libertad no tendrá dulzuras para él; cada vez estará más inquieto, más asustado. Si le dejara tiempo, se entregaría á acciones tales, que demostrarían claramente su culpabilidad..... ¡Y siempre, siempre se agitará á mi alrededor, describiendo círculos cada vez más estrechos, hasta que al fin..... ¡paf! caerá en mi boca y me le tragaré! Esto es muy agradable. ¡Ja, ja! ¿No opináis como yo? -

Rascolnikof guardaba silencio. Pálido é inmóvil, continuaba observando á Porfirio con penoso esfuerzo de atención.

—¡La lección es buena!—pensó, todo aterrado.—No es ya el juego de gato con ratón, como ocurría ayer. Sin duda que no me habla de tal modo por el placer de mostrarme su fuerza; es demasiado inteligente para eso..... Debe proponerse otro fin..... ¡Bah, amigo mío, todo lo que dices es para asustarme! No tienes pruebas, y el hombre de ayer ya es otro. Quieres aturdirme, quieres encolerizarme, y dar el gran golpe; pero te engañas, tu trabajo es inútil. Pero ¿por qué se vale de indirectas?..... ¡Cuentas con mis nervios!..... ¡Pero no, amigo mío, no caeré!..... Veremos á ver lo que preparas.

Y se dispuso á luchar bravamente contra la terrible catástrofe que preveía. De vez en cuando sentía deseos de lanzarse contra Porfirio y estrangularle. Desde que entrara en el gabinete del juez, lo que más temía era no poder dominar su cólera. Sentía que su co-